

HAGIOGRAFÍA BIZANTINA, ÉPICA Y NOVELA

TOMÁS FERNÁNDEZ

(CONICET - UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES)

Esta contribución utilizará la contraposición clásica de Bajtín entre épica y novela para argumentar que los relatos de mártires posteriores a las persecuciones contienen elementos propiamente épicos, mientras la hagiografía no martirial es asimilable a la novela. Los martirios denominados con justeza *passions épiques* exhiben, efectivamente, puntos de contacto con el tiempo-espacio de la épica (separado del presente por una distancia infranqueable) y por la estatura de los héroes (que no se corresponde con la de los hombres actuales). La hagiografía, por su parte, transcurre en un presente no separado del mundo del lector por ningún hiato insuperable. Sus héroes, sin duda, superan a los hombres cotidianos pero no son sobrehumanos. Nada de esto implica una relación de influencia o una imitación de modelos: épica y novela, aunque encarnados históricamente, se toman aquí, como en Bajtín, como dos polos relativamente ideales de tipos narrativos diferenciales.

Pese a subrayar sus elementos épicos y novelescos, el presente estudio no supone el carácter ficticio de los relatos de mártires o la hagiografía. La cuestión de las creencias y las verdades bizantinas no puede enmarcarse productivamente, considero, en un esquema que oponga la ficción a la no-ficción y que estime que las vidas de santo no son ficticias simplemente porque su auditorio creía en ellas¹. En el mundo bizantino, como en el antiguo, la antítesis creíble/increíble era mucho más matizada. Ciñéndonos a la hagiografía, la tradición muchas veces era recibida y retransmitida sin signos explícitos de escepticismo, sin que eso implicara una toma de postura activa acerca de su credibilidad; muchos de sus elementos aparecían también en cuentos populares fantásticos o en fábulas de corte esópico; el público no era lo suficientemente homogéneo como para igualar las diferentes producciones en el paraguas genérico de la no ficción, como si el conjunto del público considerara simplemente “verdad” el conjunto de la obra; había distintos niveles de

¹ Me opongo, por ende, a la visión que ha defendido vigorosamente A. KALDELLIS, “The Emergence of Literary Fiction in Byzantium and the Paradox of Plausibility”, en P. ROILLOS (ed.) *Medieval Greek Storytelling: Fictionality and Narrative in Byzantium*, Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, 2014, pp. 115-130.

creencias y verdades, incluso dentro de la hagiografía: un dato geográfico no era percibido como equivalente a una cabra parlante, por más que ninguno fuera necesariamente falso; la realidad material no era lo más verdadero, e incluso elementos que parecen ficticios, como esa misma cabra parlante, pueden considerarse máximamente realistas si se tiene en cuenta que no deben decodificarse como literales.

En mi lectura, lo fundamental es que, aunque globalmente fueran creídas, esto no excluye que continuaran con la función de la ficción en prosa. Pensar que la novela se caracteriza por no ser juzgada según criterios de precisión histórica o la hagiografía por ser tomada al pie de la letra² parece una simplificación, como espero demostrar en otra ocasión. Lo épico o novelesco de los martirios o la hagiografía, en consecuencia, no implican ningún juicio sobre su historicidad o su nivel de verdad.

Relatos de mártires y épica

Los relatos de mártires cristianos estuvieron constituidos en sus orígenes por actas genuinas de los juicios a los mártires quienes, como sabemos, sufrieron su suplicio desde mediados del s. I hasta 313 y luego esporádicamente, verbigracia durante la reintroducción de las persecuciones por parte de Juliano³. El primero, tradicionalmente, es san Esteban, mientras el primer relato martirial considerado genuino es el de Policarpo, de la segunda mitad del s. II. Curiosamente, estas producciones tienen antecedentes paganos muy directos en las actas de los mártires clásicos, cuya anterioridad notaba ya Jaeger al subrayar la continuidad de la cultura griega entre los primeros cristianos⁴.

² *Ibidem*, p. 115, considera que la “*fictive stance*”, ausente de Bizancio entre los siglos VII y XII, se caracteriza por un texto que no debe ser evaluado “*by criteria of historical accuracy*”. La hagiografía, según Kaldellis, no participa de la “*fictive stance*” simplemente por haber sido tomada “*at face value by contemporary readers*” (p. 116).

³ También durante las invasiones árabes, el iconoclasmo y posteriormente. Sobre los neomártires de los s. VII a XV, así como sobre el contexto más general de los martirios y las *passiones*, cf. M. DETORAKI, “Greek Passions of the Martyrs in Byzantium”, en S. EFTHYMIADIS (ed.), *The Ashgate Research Companion to Byzantine Hagiography*, Farnham, Ashgate, 2014, vol. II, pp. 61-101, especialmente p. 81. La diferencia entre, por ejemplo, la muerte a manos de los árabes musulmanes y la muerte frente a un emperador iconoclasta pero legítimo, que subraya Kaplan (en estos casos, “[*la mort ne suffit plus*”) no es central a los fines de este artículo. Cf. M. KAPLAN, “Hagiographie et histoire de la société”, en P. ODORICO y P. AGAPITOS, *Les Vies des Saints à Byzance. Genre littéraire ou biographie historique?*, París, Centre d'études byzantines, néo-helléniques et du sud-est européennes, 2004, pp. 25-47, aquí p. 26, n. 5.

⁴ W. JAEGER, *Cristianismo primitivo y Paideia griega*, México, FCE, 2012 [primera ed. 1961], p. 17.

Originariamente, las actas eran documentos oficiales sin finalidad religiosa edificante. De todos modos, en los diversos niveles de reescritura que sufrieron, los mártires comenzaron a asemejarse a héroes paganos⁵. Simultáneamente, se introdujeron factores fantásticos y se consolidó la tendencia a recurrir de modo sistemático a elementos épicos. Las actas de mártires se convirtieron en leyendas⁶, pasándose apenas después de la época de las persecuciones, en términos de Delehaye, de las *passions historiques* a las *passions artificielles*⁷.

Para encontrar la especificidad de los elementos épicos en los relatos de mártires, sin embargo, es necesario precisar en qué consisten dichos elementos. Bajtín reconoce tres características centrales de la épica. De ellos, nos interesan sólo dos: 1) busca su objeto en el pasado épico nacional, el “pasado absoluto”; 2) está desgajada por una distancia épica absoluta del presente del lector⁸. Ambos pueden resumirse en uno solo, referido al tiempo-espacio: la épica transcurre en un pasado absoluto, separado por una barrera infranqueable, más que propiamente histórica, del presente.

La temporalidad es el primer punto que nos permitirá encontrar elementos épicos en los relatos de mártires. El segundo es el carácter de los héroes, superiores, y no sólo por un aspecto de grado sino de naturaleza, a los autores y receptores de la obra. (Los dos puntos, por supuesto, están estrechamente ligados: el mundo de la épica no es el mundo cotidiano del lector y, por ende, también difiere la temporalidad, la estatura de los hombres, etc, etc.). Estos dos puntos, a su vez, permitirán una comparación entre la épica y los relatos de mártires, por un lado, y la novela y la hagiografía, por el otro. Otras categorías de comparación serían posibles pero, a los fines de esta contribución, creo que alcanza con estas dos.

⁵ K. KRUMBACHER, *Geschichte der byzantinischen Litteratur*, Munich, Beck, 1897, t. 1, p. 177.

⁶ H.-G. BECK, *Kirche und theologische literatur im byzantinischen Reich*, Munich, Beck, 1959, p. 269.

⁷ El pasaje fue veloz: “*Lorsque la grande époque des fondateurs de l’hagiographie, ceux qui ont raconté avec sincérité ce que leurs yeux ont vu* [la época de las *passions historiques*], fut définitivement close, et avant même que l’âge d’or de l’éloquence chrétienne nous ait envoyé ses derniers échos [la época de los *panégyriques*, intermediarios entre las pasiones históricas y las épicas, sin importancia a los fines de esta contribución], au sein d’une civilisation qui décline et parmi les signes les plus certains de la décadence intellectuelle, commence à s’élaborer une littérature anonyme...”. Se trata, precisamente, de las pasiones épicas o artificiales. Ver H. DELEHAYE, *Les légendes hagiographiques*, Bruselas, Sociéte des Bollandistes, 1921, p. 236.

⁸ Según el primer punto, предметом эпопеи служит национальное эпическое прошлое, «абсолютное прошлое»; de acuerdo al último, эпический мир отделен от современности, т. е. от времени певца (автора) и его слушателей, абсолютной эпической дистанцией, M. БАЖТИН, *Собрание сочинений* (t. 3). *Теория романа, Языки славянских культур*, Moscú 2012 (primera ed. 1975), p. 617. He consultado la trad. francesa, M. ВАХТИНЕ, *Esthétique et théorie du roman*, París, Gallimard, 1978, p. 449 (Agradezco a P. Danielievna Di Santo por su invaluable y paciente asistencia en la lectura de los textos bajtinianos).

Temporalidad

La novela, con las salvedades que enseguida veremos, es permeable al presente. Por el contrario, y aunque sea cuasi-contemporánea, la épica transcurre en una dimensión desgajada del presente de la audiencia por un hiato infranqueable. Los héroes épicos se hallan en otra dimensión, aunque ésta no necesariamente sea distante en el tiempo: los martirios son, en ocasiones, casi contemporáneos a las *passions épiques* que los narran sin que por ello se anule la distancia entre el héroe y el auditorio.

En este punto, el extraordinario libro de P. Veyne sobre los mitos griegos provee de un punto de partida sólido. En efecto, si bien no cita a Bajtín, Veyne atribuye a la temporalidad de los mártires las características del pasado épico compatibles con las que encontraba el autor ruso: “Al pueblo le encantaban estos relatos”, en los que aparecen princesas robadas y demás. “Estos mundos de leyenda eran considerados verdaderos en el sentido de que no se dudaba pero tampoco se creía en ellos como creemos en las realidades que nos rodean. Para el pueblo de fieles, las vidas de los mártires llenas de maravillas se situaban en un pasado sin edad, del cual sólo se sabía que era anterior, exterior y heterogéneo con respecto al tiempo actual; era “el tiempo de los paganos”⁹”.

Esto, por supuesto, es sólo aproximadamente cierto. En particular, iguala las actas de los mártires y las pasiones épicas. Los primeros mártires tienen poco de épico: pese a su grandeza, eran presentados y percibidos como hombres históricos. A diferencia de los héroes épicos, eran realmente contemporáneos a la primera audiencia de sus vidas. En esto se acercan a los santos de la hagiografía: no tanto en la contemporaneidad, ya que las *vitae* pueden ser muy posteriores, sino en la continuidad entre el tiempo que vivió el santo y el tiempo del lector. En el principio, los martirios (las *passions historiques*) no transcurrían en un pasado “anterior, exterior y heterogéneo” aunque posteriormente esto sí haya sucedido.

Los relatos de mártires sí serán leídos como épica luego de las persecuciones. En ese momento, la distancia entre el presente del lector y la del héroe puede efectivamente haberse vuelto infranqueable. Recién aquí su temporalidad coincide con la que Bajtín le atribuye a la épica.

Carácter de los héroes

Los personajes de la novela, se sabe, no tienen la lejanía ni la grandeza de los héroes épicos. Sobre estos últimos, puede recordarse el estudio *Sobre los héroes*, del s. III d.C., donde Filóstrato de Lemno declaraba que un hé-

⁹ P. VEYNE, *¿Creyeron los griegos en sus dioses?*, Barcelona, Granica, 1987, p. 42.

roe alcanzaba en promedio los cuatro metros de altura¹⁰. Algo semejante se aprecia ya en Homero cuando, por ejemplo, señala que Diomedes y Eneas arrojaban piedras que dos hombres actuales intentarían en vano mover¹¹. El protagonista de la novela, en cambio, es más cercano al mundo cotidiano del lector. Para continuar con la imagen del tamaño, difícilmente superaría el metro noventa de estatura y de ningún modo podría suponerse que alcanza los tres metros o más... mientras algunas fuentes hacen medir a Aquiles nada menos que diez metros.

En efecto, los protagonistas de los relatos de mártires tardíos parecen gigantes, si bien no al modo material de un Héctor o un Ayante. En su entereza y su coraje moral, son épicos de una manera infrecuente aun en la literatura biográfica, afecta al encomio y la hipérbole. Cuando el destino se les presenta, lo aceptan con la entereza del héroe trágico. El héroe de las *passions artificielles*, según Delehayé, a quien podemos seguir fácilmente en este punto, “[c]’est un être surhumain qui dispose à son gré de la force et de la faveur divine. Ce mortel qui, avant même d’avoir consommé son sacrifice, est entré dans la gloire, c’est, dans les proportions grandies, le héros d’épopée”¹². A Delehayé le interesa ante todo la falta de historicidad de estos retratos y deplora que, de la historia, se haya pasado a la literatura. Considerado desde el punto de vista de la circulación de textos, de los niveles de verdad aceptables para los bizantinos y de la evolución de los géneros literarios, este pasaje es, en cambio, muy iluminador. En su clásico estudio, M. Bowra considera que la poesía que él llama heroica “cannot exist unless men believe that human beings are in themselves sufficient objects of interest and that their chief claim is the pursuit of honor through risk”¹³. La distancia entre este héroe y el de las pasiones épicas es abismal, salvo si se reescriben los términos en cuestión: los seres humanos no son en sí mismos objetos suficientes de interés, salvo derivadamente (en tanto imitadores de Cristo y modelos de conducta de los cristianos cotidianos; en esto no se distinguen de los protagonistas de las *vitae*); lo esencial no es su búsqueda de gloria, salvo que se sobreentienda “la mayor gloria de Dios” (en esto tampoco se diferencian de los protagonistas de *vitae*); pero lo que no varía, y que sí es diferencial, es el factor del riesgo y el tipo de coraje violento que favorece la reescritura de las actas en un sentido de mayor epicidad. Esta persistencia, sin embargo, puede no deberse a ninguna continuidad de conciencia genérica implícita sino a la pervivencia popular, que se verifica en muchas culturas sin ninguna relación de interdependencia, del carácter del héroe en un contexto de riesgo físico extremo.

¹⁰ Para la crítica que Filóstrato aplicaba a la mitología tradicional, cf., *Ibidem*, pp. 81 y 123.

¹¹ *Iliada* 5: 302-304: ὁ δὲ χειμάδιον λάβει χειρὶ / Τυδείδης, μέγα ἔργον, ὃ οὐ δύο γ’ ἄνδρες φέρουεν, / οἷον νῦν βροτοὶ εἰσ· ὁ δὲ μιν ῥέα πάλλει καὶ οἶος. Cf. 12: 381-383 (Ayante Telamonio); 12: 447-449 (Héctor); 20: 285-287 (Eneas); etc.

¹² DELEHAYE, *op. cit.*, pp. 238-239.

¹³ C. M. BOWRA, *Heroic Poetry*, Londres, Macmillan & co., 1952, pp. 4-5.

Sea como fuere, aparece tanto en la épica clásica de carácter mítico como en las pasiones y está ausente de las *vitae*.

En este sentido, entonces, la diferencia con la hagiografía habitual es considerable. Podrá argumentarse que los protagonistas de las vidas de santos, como los de las pasiones épicas, también tienen una estatura moral muy superior a la de sus contemporáneos (algo que, por otra parte, los hagiógrafos señalan muy frecuentemente). Esto sin duda es cierto. Pero, al mismo tiempo, estos santos trabajan, viven en soledad o sociedad y pueden ser observados en su desarrollo y cotidianidad. No brillan a la luz de un suceso final único y estremecedor, por más que su muerte sea de gran importancia en el entramado de la *vita*. Su superioridad es de grado, si se permite la expresión; no están por encima del género humano como si estuvieran dotados enteramente de otra naturaleza, una que ya no se verifica en los tiempos (mucho más sencillos que los de las persecuciones) ni en los lugares en los que se mueve el auditorio de las *vitae*. Las diferencias entre los héroes de las novelas griegas y los hagiográficos, que resume, por ejemplo, A. Kazhdan (los héroes hagiográficos eran “*true sufferers*”, mientras los otros estaban sujetos simplemente a un dolor temporal y por ende ilusorio, etc.)¹⁴, no son centrales en este punto y no cambian la relación diferencial entre los protagonistas de las *vitae* y los de los martirios. Bajtín mismo señala que los héroes novelescos cuentan con “virtudes y defectos”¹⁵ y, en esta misma medida, no se ajustan a los protagonistas de la hagiografía. Sin duda: en este sentido son héroes épicos, como lo ha señalado últimamente P. Cavallero¹⁶. En cambio, por su pertenencia a un mundo que el lector reconoce como propio y por la ausencia de un riesgo inminente que acaban en muerte violenta, los santos de la hagiografía son novelescos antes que épicos. No creo estar forzando la caracterización bajtiniana: las categorías de los héroes épicos y novelescos no son perfectamente estancas. El héroe de las *vitae* se acerca, en un *continuum* gradual cuyos polos son claros, al héroe novelesco; el de las *passiones*, al épico.

En esta distancia entre la hagiografía y la *passio*, que es la misma que media entre el pasado entre comillas “histórico” y un pasado axiológico que no es de este mundo, por mucho que haya sucedido en él, se ubica también la distancia entre épica y novela.

¹⁴ A. KAZHDAN, *A History of Byzantine Literature (650-850)*, Atenas, 1999, p. 154.

¹⁵ BAJTIN, *op. cit.*, 614 (p. 447 de la trad. francesa).

¹⁶ P. CAVALLERO, “La heroicidad épica de un santo bizantino, *Juan el limosnero*”, en A. BASARTE y S. BARREIRO (eds.), *Actas de las XI Jornadas Internacionales de Estudios Medievales y XXI Curso de Actualización de Historia Medieval*, Buenos Aires 2012, pp. 70-79.

Excursus sobre la forma métrica

“Épico” se puede decir de muchas maneras, pero sobre todo de dos. Una tiene que ver con las características de la trama, la temporalidad, sus personajes, etc.; es la que resulta central para el argumento de este estudio. Otra se relaciona con la forma métrica. En el Medioevo occidental y bizantino, estas dos cualidades no se superponen: las obras “épicas” en un sentido suelen no serlo en el otro. La “épica” cristiana en verso carece, como veremos, de los elementos épicos que pueden encontrarse en los relatos de mártires y, desde la perspectiva de esta contribución, es más afín a la novela que a la épica.

La llamada épica hagiográfica, en efecto, suele tener de épica sólo la disposición en verso. El Occidente latino ofrece los ejemplos más transparentes de este tipo de poemas cristianos, ya que allí se desarrolló con más fuerza la puesta en molde épico, rigurosamente métrico, de las vidas de santo, de los que fueron antecedentes los epigramas de Dámaso y el verso, de corte popular, de Ambrosio, aunque su primer representante claro sea Prudencio¹⁷. La épica es una continuación de la hagiografía por otros medios y casi nunca es más que una paráfrasis. El esquema espacial, la sucesión, la figura del héroe es la de la hagiografía tradicional, no la de la épica clásica. Así, la *Vita Sancti Martini* de Sulpicio Severo, el primer clásico en hagiografía latina¹⁸, fue el modelo de dos obras épicas, debidas a Paulino de Périgueux y Venancio Fortunato. En ninguna de ellas cambia el carácter del santo; no hay distancia absoluta entre el presente de la obra y el presente de la audiencia. Por supuesto, entre las visiones de Paulino y la de Venancio hay diferencias: Paulino intenta hacer que las acciones del santo sean creíbles y estén motivadas psicológicamente, mientras Venancio subraya el componente espiritual de sus acciones¹⁹.

Delehaye observa: “*Les poètes du moyen âge sont souvent aussi habiles à mouler en hexamètres le texte qui leur sert de base qu’il sont dépourvus d’inspiration et d’invention poétique*”²⁰. Su objetivo es subrayar que los poemas hagiográficos, pese a que su forma podría llevar a pensar que el autor

¹⁷ “If we except Pope Damasus, whose epigrams were known to our poet [Prudencio], and Ambrose, who wrote hymns in honour of several martyrs, Prudentius was the first to praise them [i.e., los santos] in verse”, F.J.E. RABY, *Christian Latin Poets*, Oxford 1953, p. 50. En esta época se comenzó a mitificar el período preconstantiniano y a identificar todas las persecuciones con la de Diocleciano. “It was the persecution of Diocletian which created out of the sufferings of the martyrs the Christian legend. The new conception of the martyr, which was to dominate the whole middle ages, was the creation of the post-Constantinian Church” (*Ibidem*, p. 51). En este contexto asegura Agustín: *Repleta est terra martyribus*.

¹⁸ D.E. TROUT, “Latin Christian Epics of Late Antiquity”, en J.M. FOLEY (ed.), *A Companion to Ancient Epic*, Oxford, Blackwell, 2005, pp. 550-561, (p. 560).

¹⁹ Cf. S. LABARRE, *Le manteau partagé. Deux métamorphoses poétiques de la ‘Vie de saint Martin’ chez Paulin de Périgueux (Ve s.) et Venance Fortunat (VIe s.)*, Paris, Institut d’études augustiniennes, 1998.

²⁰ DELEHAYE, *op. cit.*, pp. 121-122.

se toma las libertades propias de un poeta (algo que él deploraría, ya que estas obras le interesan por su contenido histórico), en realidad se ciñe servilmente a su modelo. Tiene razón en este punto: el carácter de estos poemas, salvo en lo que concierne a su forma métrica, depende del de su fuente; la temporalidad y el héroe no varían, de modo que serán semejantes a los de la hagiografía-novela.

Observación final

Para concluir, querría señalar que la hagiografía tiene también numerosos puntos en común con la historiografía pero no sólo del modo en que los bolandistas lo comprendían sino también con esa historiografía que, según declaró R. Syme con espléndida percepción, “*went a long way towards compensating the lack of prose fiction among the Romans*”²¹ y, en el ámbito bizantino, ofreció “*Unterhaltung für ein ‘breites’ Publikum*”, como refiere H. Hunger refiriéndose a las “*Chroniken als Trivialliteratur*”²². El relato de las vidas de santos continuó, por otros medios, la función de la ficción en prosa. Queda por explicar esa continuidad de función, quizá más central que la distinción convencional entre “ficción” y “no ficción” bizantina.

²¹ R. SYME, *The Roman Revolution*, Oxford, Oxford University Press, 1960 [1939], p. 190, n. 6, refiriéndose a Apiano.

²² H. HUNGER, *Die hochsprachliche profane Literatur der Byzantiner*, Munich, Beck, 1978, t. 1, p. 257.